

LAS MANOS DE LA MEMORIA

ROSANA GUBER

Universidad de Buenos Aires

CONICET

Sobre un camino largamente trazado¹, fue a comienzos de los '80 que los estudios sobre la "memoria social" cobraron masividad en las Ciencias Sociales y las Humanidades. Una de las razones más recurrentes para este interés en los usos presentes del pasado es la preocupación de que ciertos hechos o períodos caracterizados por su extremo dramatismo, como el Holocausto Judío o el Stalinismo, no sean recordados ni del modo ni en la magnitud en que realmente sucedieron. Se trataría, pues, de develar la factura política de la Historia, explicando la posibilidad del olvido, los revisionismos y el silenciamiento de las voces mayoritarias.

En este artículo quisiera discutir un supuesto teórico prevaleciente en esta línea de trabajos: que la memoria es un archivo del pasado. Esta perspectiva anula tanto las agencias políticas como las especificidades históricas y culturales con que los sujetos de la memoria recrean los sentidos de la historia, a los que dichos estudios se proponen arribar. Para ello analizaré un episodio que obligó a los argentinos a recordar, a transformar su memoria y a reformular sus vínculos con la historia y el pasado.

El hecho ocurrió en el cuarto año de la administración democrática del presidente radical Raúl Alfonsín, quien desde su asunción el 10 de diciembre de 1983 trató de inaugurar una etapa fundada en el imperio de la Cons-

1. Maurice Halbwachs y Emile Durkheim, R.G. Collingwood, Bronislaw Malinowski y más tarde Claude Lévi-Strauss y Paul Benjamin fueron, cada uno con su perspectiva, algunos de los que delinearon las bases de este nuevo campo de estudios.

titución y el Estado de derecho. Como parte de este intento, el Poder Ejecutivo no sólo logró detener a algunos dirigentes de la guerrilla de los '70 hasta entonces exiliados; también inició un juicio a los responsables máximos del terrorismo de Estado. Entre 1984 y 1986 se recolectaron antecedentes, convocaron testigos y dictaron sentencias por la desaparición forzada de aproximadamente 10.000 ciudadanos argentinos y extranjeros, a los miembros de las tres juntas militares del Proceso de Reorganización Nacional (PRN) que gobernaron entre 1976 y 1982.

Pero en 1987 este impulso encontró serias resistencias provenientes de ámbitos militares y algunos núcleos civiles. En este escenario tuvo lugar el evento que nos ocupará en estas páginas: el 1 de julio se supo por los medios periodísticos de la irrupción en la bóveda que guardaba los restos de un político y tres veces presidente de la Argentina. Juan Domingo Perón, quien gobernó entre 1945 y 1955 y desde 1973 hasta su muerte el 1 de julio de 1974, fue el estadista más popular y controvertido de la Argentina de los últimos tiempos. Si bien la fecha de la profanación, el robo de sus manos, el sable sanmartiniano y un poema de amor de su viuda y tercera esposa María Estela Martínez de Perón (también conocida como "Isabel"), de su bóveda en el cementerio capitalino de "Chacarita"² sigue aún en el misterio, el hecho tomó estado público a trece años exactos de su muerte.

Los profanadores demandaban un rescate pecuniario, pero la mayoría de los argentinos interpretó la noticia como el regreso de una era que el nuevo gobierno democrático se empeñaba en superar. Esta interpretación fue posibilitada por un aspecto del proceso político que en la Argentina ha recibido cierta atención reciente³ y que yo llamaré "prácticas de historización".

Esta temática surge del desdoblamiento, familiar a historiadores orales (Cohen 1994, Passerini 1987, Popular Memory Group 1982, Portelli 1991) y a etnógrafos de la historiografía extra-occidental⁴, entre los dos sentidos de la "historia", como pasado y como historicidad. Esta distinción permite

2. Cuya denominación oficial es "Cementerio del Oeste".

3. Bertoni 1992, Jelin 1994, Neiburg 1994, Plotkin 1993, Quattrocchi-Woisson 1992, Sarlo 1989. Ver especialmente el precursor estudio sobre el revisionismo histórico de Tulio Halperín Donghi 1970.

4. Empezando por el mismo Bronislav Malinowski (1974) hasta los más actuales Price (1983), Rosaldo (1980), Rappaport (1990).

reconocer en cada intento de narrar y/o reconstruir lo ocurrido en épocas pretéritas, sentidos de temporalidad y de evidencia, patrones de autoridad y de transmisión, cultural y socialmente diversos (Kuchler & Melion 1991: 3). Pues lo que se convierte en Historia, lo que un agrupamiento social reconoce como "su pasado" y preserva por "la memoria", depende de "convicciones sustanciales que detentan los miembros de la sociedad acerca de partes del pasado, así como de ideas generales acerca de lo que es históricamente plausible" (Peel 1984: 112 — mi traducción). Estas convicciones, más que universales, son el contexto con que se interpreta y produce el pasado a la vera del presente. Si los actores son, a la vez, sujetos históricos y analistas de los procesos en los que participan, lo "históricamente plausible" se redefine según la posición que los actores ocupan en el orden actual (Porter Benson, Brier & Rosenzweig 1986, Wright 1985).

Esta redefinición en los modos con que el pasado es narrado, transmitido, cristalizado y hasta confrontado, suele designarse como "memoria" tanto por los actores como por sus analistas. Yo prefiero hablar de "prácticas de historización", esto es, la selección, clasificación, registro y reconceptualización de la experiencia, donde el pasado se integra y recrea significativamente desde el presente a través de prácticas y nociones socioculturalmente específicas de temporalidad, agencia y causalidad. Con esta expresión puedo enfatizar los aspectos creativos y procesuales de los usos del pasado, contrastando con el concepto de memoria como contenido y archivo donde se almacenan hechos pretéritos (Cascardi 1984, Trouillot 1994). Si bien el modelo de memoria como archivo es congruente con el fin moral de los estudios que aspiran a "recuperar" las lecciones de la historia que caerían inmerecidamente en el olvido (silencio) o en la distorsión (revisionismo), no permite explicar ni cómo se dirimen las memorias "fieles" de las "adulteradas", ni por qué el silencio dejaría de ser una vía para el recuerdo. Hablar de prácticas de historización permite indagar en la historia como arma fundamental de la política, en sus procesos de constitución, y en las prácticas específicas de la historia según los procesos socio-políticos de los cuales son parte.

El episodio de las manos de Perón fue una instancia significativa por varias razones. Primero, las reacciones de los actores políticos pusieron de manifiesto una forma específica de historización que fue corriente en la Argentina de, por lo menos, la segunda mitad del siglo XX y que, a falta de mejor expresión, llamaré "historización por capas". Segundo, el episodio

marcó un giro hacia nuevos modos de historización. Y tercero, el secuestro de las manos de Perón dio lugar tanto a una disputa por definir lo históricamente plausible como a la redefinición de algunos protagonistas del episodio.

La noticia de la profanación ocurrió en el convulsionado clima de 1987 cuando los dos partidos políticos mayoritarios, el radicalismo en el gobierno y el peronismo/justicialismo⁵ encabezando la oposición, se proponían consolidar el régimen democrático a pesar de recientes conflictos con sectores de las Fuerzas Armadas. Pero la noticia retrotrajo a la sociedad argentina a un clima de inestabilidad y violencia poniendo a su conducción política frente a un dilema: cómo asegurar la continuidad política⁶ ante las amenazas del pasado? Esta tensión, que hasta entonces habían sintetizado los muertos como encarnación del pasado nacional y el compromiso con el futuro, puso en evidencia la perplejidad de las dirigencias, pero permitió también nuevos intentos para su resolución. Así interpreté la información suministrada por los diarios porteños *La Nación* (en adelante *LN*) y *La Prensa (LP)*⁷ que consulté para este trabajo, y así recordé mi propia participación como argentina en julio del 87.

Si bien las explicaciones que se dieron sobre el hecho fueron variadas⁸, no me propongo averiguar aquí ni la identidad ni los móviles de los profanadores, sino explorar el sentido que distintos sectores de la política argentina de entonces dieron a la profanación, contribuyendo a la formación de un amplio consenso sobre el propósito de los secuestradores y quizás a asegurar su eficacia, teniendo en cuenta que explicaciones, consenso y eficacia en las prácticas de historización son parte de procesos abiertos.

-
5. En este trabajo utilizaré las denominaciones "peronista" y "justicialista" de manera indistinta.
 6. La consigna radical pregonaba "100 años de democracia".
 7. Utilizaré aquí la información provista por ambos periódicos, y citaré a algunos de sus editorialistas en la exposición etnográfica de las reacciones a la profanación.
 8. Una versión sostenía que el rescate estaba destinado a pagar un "trabajo" encomendado por Perón en 1972 que aún estaba impago (*LP*, 3/7); otra que la suma era la recibida por Isabel tras un juicio por la herencia de Perón contra los familiares de Eva, su segunda esposa (*LN*, 3/7); una tercera señalaba que las manos servirían para abrir una caja fuerte en Suiza, sólo operable con las impresiones digitales de su titular (*Clarín*, Enero 1995), y una cuarta que la mutilación era parte de un "crimen ritual" o "una venganza de tipo masónica y esotérica" (*Revista Gente*, 28/3/1991).

Este artículo reúne, por eso, las tres temporalidades en que redacté versiones anteriores de este artículo: una nota periodística publicada cuando la profanación (Guber y Tiscornia 1987); una primera versión de este trabajo concluida dos días antes de las elecciones presidenciales de 1989 (Guber 1990); y estas páginas redactadas en el clima electoral presidencial de 1995 y la tercera gestión de la era democrática iniciada en 1983.

Las novedades

Las primeras noticias aparecieron en la sección "Policiales" de los periódicos el 1 de julio. El 2, la Policía Federal aún negaba la violación del féretro, pero diputados y senadores justicialistas decían públicamente que algunos elementos del ajuar funerario — la gorra militar, el sable sanmartiniano y la bandera argentina de guerra — habían sido sustraídos. Recién el día 3, el gobierno nacional admitió oficialmente el robo de las dos manos, el sable, un anillo y un poema escrito por la viuda durante su cautiverio en 1977⁹, recordando a su esposo muerto. El juez designado para la causa y el jefe de la Policía Federal aseguraron que debió haber llevado por lo menos cuatro horas practicar el boquete en el techo de la bóveda, abrir y desplazar el cristal blindado de diez centímetros de espesor y doce cerraduras que protegía la cámara fuheraria, perforar el cajón blindado y la placa metálica que cubría el cuerpo, y cortar las manos quizás con una sierra quirúrgica. La bandera argentina y la gorra, inicialmente sobre el cajón, estaban ahora adentro. El cuerpo seguía vestido con el uniforme de teniente general, máxima jerarquía del Ejército Argentino que Perón recuperó al regresar de sus 17 años de exilio, tras el golpe militar del 16 de junio de 1955 de la autodenominada Revolución Libertadora. La banda presidencial cruzaba el torso recordando su investidura presidencial al momento de morir.

Cuatro cartas anónimas pidiendo un rescate de ocho millones de dólares a pagar en un plazo de dos semanas, fueron enviadas a las autoridades nacionales y metropolitanas del partido Justicialista, a la Confederación

9. Isabel Perón fue depuesta por un golpe militar el 24 de marzo de 1976, y encarcelada hasta 1981.

General de los Trabajadores (CGT), baluarte sindical del peronismo, y a la viuda de Perón quien, desde 1981, residía en España. De aceptarse sus exigencias se izaría la bandera argentina dos veces en la sede metropolitana del Partido; de rechazarse, las manos y el sable serían destruidos. Trozos del poema original acompañaban las cartas en prueba de autenticidad de la demanda¹⁰.

Desconociendo la voluntad de la viuda — quien no podía ser ubicada por el periodismo ni en su casa de Madrid ni en sus habituales sitios de veraneo — las autoridades partidarias decidieron no negociar con los profanadores. Las razones de la decisión no fueron explicitadas, pero los hechos posteriores fueron construyendo su sentido.

Las manos de la democracia y la unidad

El 2 de julio los periódicos iniciaron una retrospectiva de hechos similares en la Historia: el saqueo de tumbas de los faraones egipcios; las cenizas de Santo Tomás Beckett, el cuerpo de Oliver Cromwell (s. XVII), el secuestro de los cuerpos de Benito Mussolini (1946) y Henri Pétain (1976); las violaciones a las tumbas de María Callas y Charles Chaplin. Las reseñas se remontaban a hechos similares aún en la civilizada Europa y, en la Argentina, la casuística comenzaba en 1881 cuando "Los Caballeros de la Noche" secuestraron los restos de una dama "porteña" o capitalina, del cementerio capitalino de La Recoleta, donde descansan los restos de la "elite" de Buenos Aires. Los secuestradores fueron capturados pero recuperaron su libertad pues estos actos no constituían delito en la legislación de entonces (*Clarín*, 6/7/87). "Los Caballeros" sólo perseguían fines económicos.

10. El texto del poema era el siguiente: "Cuando plantaba el jazmín/ y otrora su flor me entregaba/ llega tu mano de amor/ como mariposas blancas./ Los pájaros trajeron tu voz/ confundida con sus trinos/ haciéndome recordar/ tu dulce y triste mirada./ Contemplando desde el cielo/ mi figura en tu figura/ tomados de nuestras manos/ con dulzura no olvidada."

Pero la historia que empezaron a narrar y actuar radicales, liberales¹¹ y peronistas, funcionarios, autoridades partidarias y personalidades de la vida pública era eminentemente política. Sus puntos de convergencia y divergencia se anclaban en un proceso que posicionaba a las partes, según los ciclos institucionales del pasado argentino reciente, en un presente frágil y un futuro incierto.

Apenas conocida la noticia, Perón comenzó a ser evocado por seguidores y opositores como prenda de unidad de todos los argentinos y campeón de la democracia. El presidente Alfonsín veía en él al

creador de un movimiento [...] que ha levantado banderas muy caras a todos los argentinos sin distinciones ideológicas, como la soberanía política, la independencia económica y la justicia social [Alfonsín, *LN*, 3/7].

El comité metropolitano del radicalismo lo consideraba como "uno de los principales símbolos del liderazgo popular en la Argentina" (*ibidem*). El almirante (R) Isaac Rojas, vicepresidente del general Pedro E. Aramburu en el segundo gobierno de la Revolución Libertadora, condenó la profanación del "tirano" quien merecía descansar en paz. Alvaro Alsogaray, un viejo antiperonista dirigente de la liberal neoconservadora Unión del Centro Democrático, dijo que Perón había sido un símbolo importante para extensos sectores de la población, y que su profanación debía ser condenada (*ibid.*).

Este acuerdo, se destacó, continuaba un camino iniciado trece años antes, cuando el jefe del Partido Radical y preso político durante el primer peronismo, Ricardo Balbín, despidió el féretro de Perón refiriéndose a un "respetable adversario" que había luchado por la unidad nacional y la democracia. La prensa censurada durante los dos primeros gobiernos peronistas admitió que en 1974 desde su retorno el año anterior, Perón "abrazó con intensidad sin declinaciones [...] la causa de la unidad nacional" (*LN*,

11. En el sistema clasificatorio de la política argentina en este siglo, el término "liberal" se ha empleado para referir a sectores opuestos a los partidos y movimientos populares mayoritarios, en especial al Peronismo pero, ocasionalmente, también al Radicalismo. "Ser liberal" aparece articulado, por lo tanto, a regímenes represivos, y a políticas económicas proclives a la apertura del mercado y contrarios al proteccionismo. En adelante utilizaré la expresión en ese sentido que difiere de su uso corriente en Europa Occidental y en los Estados Unidos.

2/7/74). Los diputados de la coalición oficial conducida por el Justicialismo lo proclamaron "héroe nacional" que "nos legara las premisas de paz y unión entre los argentinos" (ibíd.). Mientras, los periódicos se poblaban de imágenes del fallecido muchas de las cuales eran provistas por organizaciones políticas y sindicales peronistas; una de ellas mostraba a un Perón envejecido con los brazos en alto tomada en el último acto público de junio del '74 en la Plaza de Mayo. Conmemoraban así la comunicación directa del líder con su "pueblo", sus gestiones distributivas y la sanción de leyes sociales y laborales en favor de los trabajadores. Los brazos en alto, eran parte de la liturgia política que Perón consolidó el 17 de octubre de 1945: sus manos daban la bienvenida al pueblo en la Plaza, y lo despedían de cada encuentro (Neiburg 1992, Plotkin 1993).

Sin embargo, ni en el '55 ni en el '74 Perón logró concluir su mandato. En el '55, liberales y radicales, entre otros, participaron del golpe de estado de las Fuerzas Armadas. Tras el 1 de julio de 1974, y ante la incertidumbre que dejaba su muerte, el radicalismo y en menor medida los liberales se dieron el lugar para pronosticar la superación de las "viejas antinomias", como se venía designando a la oposición entre peronistas y antiperonistas desde el '55. Pero en 1987 la evocación de Perón como campeón de la democracia y la unidad "sin distinciones ideológicas" tenía otro contexto y nuevos interlocutores.

Las manos de la discordia

El presidente Alfonsín responsabilizó de la profanación a "un minúsculo grupo golpista, muy débil pero que está jugando a la desesperada" (*LN*, 3/7). Para él la democracia se fortalecía con las elecciones de setiembre a gobernadores y diputados. Por eso,

los enemigos de la democracia saben bien que se les escapa el tiempo de las manos para volver al esquema del autoritarismo y van a intentar cualquier cosa, pero por encima de todo van a intentar dividir al pueblo argentino [...] pretenden hablarle a la sociedad argentina como si tuviera una edad mental promedio de 12 años [*LN*, 9/7].

Y como el régimen democrático mostraba, según él, que el pueblo argentino tenía la madurez necesaria para elegir a sus gobernantes, los ministros del Interior y de Justicia adelantaron que no postergarían las elecciones (*LP* y *LN*, 3-4/7). El jefe de la Policía dijo que "estamos ante parámetros de barbarismo" para crear un "estado de inseguridad permanente" (*LN*, 3/7).

Finalmente, Alfonsín se comunicó con la viuda de Perón y con las autoridades partidarias para expresar su solidaridad y señaló que éste no era un ultraje contra los peronistas sino contra la democracia y el pueblo argentino. Mientras, diputados y políticos radicales recordaban atentados recientes a comités partidarios y exigían una "acción firme y decidida". La profanación era una

campaña por hacer revivir los estigmas de un pasado de violencia y muerte [que] arrecia cuando el país marcha a la confluencia de los grandes partidos políticos populares, hacia la sanción de leyes laborales, del pacto social, de la reforma de la Constitución, del traslado de la capital y el afianzamiento de la imagen internacional del país entre las renacidas democracias del "tercer mundo" [Comité Nacional, Unión Cívica Radical, *LP*, 3/7].

Esta "provocación política" era un

atentado contra nuestra historia, en la medida que se trata de quien en vida desempeñara las más altas funciones de la República [...] un nuevo gesto de irracionalidad política y un nuevo desafío. La irracionalidad está colocada [para] impedir la consolidación democrática; el desafío debe llevar a los argentinos a perseverar en los caminos de la unión nacional [Poder Ejecutivo, *LN*, 3/7].

Finalmente, el presidente pidió que "este tema no caiga en la competencia política" (*LP*, 3/7).

Para el partido gobernante los profanadores no eran simples ladrones de tumbas sino un "grupo golpista", remanente de la última dictadura militar, que deseaba volver a "un pasado de violencia y muerte" y cuyas intenciones eran, según la jerga de entonces, la "desestabilización". Perón era pasado ("nuestra historia"); también sus mutiladores. Si Perón debía ser apropiado por el presente democrático y sus partidos populares, el partido oficial necesitaba contar una historia de mayorías excluidas por minorías autoritarias.

El ala liberal, algunos de cuyos miembros protagonizaron el golpe del '55, dibujaba otro panorama. Rojas condenó la profanación pero recordó que ante el asesinato de Aramburu en 1970, el mismo Perón había felicitado a sus autores (*LP*, 8/7). Acusó a éstos,

los Montoneros [...] [por]que tienen el ánimo de desestabilizar y provocarles inconvenientes al gobierno [...] ellos tienen que estar muy activos [...] en un tiempo no muy lejano va a haber aquí un recrudescimiento de la acción criminal, que obligará al gobierno a recurrir a las Fuerzas Armadas para que repriman [*LN*, 8/7].

En el antiperonista diario *La Prensa*, su editorialista escribió que

Por esta vía la sociedad argentina está volviendo a sumergirse poco a poco y casi insensiblemente, en una suerte de submundo en el cual la ley, el régimen político que la gobierna, la dignidad y hasta la seguridad personal pierden toda significación. De ahí a la desintegración social y al caos media sólo un paso" [*Iglesias Rouco, LP*, 6/7].

Seguidamente, culpaba al gobierno de mantener en prisión a los rebeldes de Semana Santa mientras secretamente negociaba con ellos.

El periodista se refería a la rebelión de oficiales medios y subalternos para quienes la cúpula militar avalaba los juicios a responsables de la desaparición de ciudadanos argentinos y extranjeros durante la "guerra antisubversiva" entre 1976 y 1982. La teoría radical del Alfonsinismo sostenía que tanto la ultraizquierda como la ultraderecha eran responsables de la inestabilidad política y la violencia del pasado, y que ambas debían ser juzgadas para poner fin a una era de muerte e inconstitucionalidad iniciada para el radicalismo en 1930 con el golpe militar a Hipólito Yrigoyen. Aunque el juicio a las Juntas militares del PRN culminó con las condenas, éstas no cerraron el caso. Las denuncias de familiares y víctimas ante la Comisión Nacional de Desaparición de Personas (CONADEP) hicieron que las acciones se extendieran hasta alcanzar precisamente a esos oficiales medios y subalternos.

En la Semana Santa de 1987 (16-19 de abril), los oficiales que protagonizaron la represión se rebelaron a sus "mandos naturales" del Ejército y reclamaron la suspensión de los juicios y el rescate de la imagen pública de

las Fuerzas Armadas. La movilización popular desencadenada por la incertidumbre y el temor al golpismo, culminó en un enigmático discurso presidencial donde se anunciaba, tras un fugaz encuentro entre Alfonsín y los rebeldes, que "la casa está en orden" y que los argentinos podían regresar en paz a sus hogares. El público sospechó secretas negociaciones que parecieron confirmarse cuando un par de meses más tarde los diputados radicales presentaron un proyecto de "ley de Obediencia Debida" por el cual los acusados de violar derechos humanos bajo el mando de un superior quedaban eximidos de juicio. La ley sería votada a mediados de agosto beneficiando también a la mayoría de los oficiales superiores implicados en las denuncias.

Para los liberales, entonces, el gobierno era responsable indirecto de la profanación porque con sus medidas contra los militares y su recurso a la movilización popular en defensa de esa dudosa democracia, se había revelado incapaz de garantizar la seguridad interior, "haciendo política" con la gesta antisubversiva y alentando a los grupos guerrilleros de los '70 que seguían actuando en las sombras. Este sector advertía contra la debilidad oficial y llamaba a recuperar la buena imagen de las denostadas Fuerzas Armadas. Pero la responsabilidad no sólo cabía a un gobierno incompetente, sino también a la principal oposición, el justicialismo. Su fundador, el mismo Perón, no podía descansar en paz porque él había inaugurado la era de violencia. Según los liberales, que parecían enunciar los argumentos que el presidente atribuía a los grupos golpistas, las verdaderas víctimas de la profanación no eran los partidos mayoritarios ni la democracia sino las Fuerzas Armadas a las que Perón había enfrentado antes de ser electo presidente en 1946 (Torre 1995). A modo de presión, Perón también había alentado a la guerrilla de jóvenes peronistas que empezó a operar en 1969, en el marco del régimen militar autodenominado "Revolución Argentina" instaurado tras un golpe de estado contra el radical Arturo H. Illia en 1966. Para estos liberales Alfonsín reivindicaba al terrorismo de los '70, mediante los juicios contra los vencedores de la guerra antisubversiva. El cuerpo de Perón regresaba a la escena política reviviendo la contienda.

Para el Justicialismo, el principal interlocutor de los profanadores, la situación era más compleja, no sólo por caberle la decisión de pagar o no el rescate. Antonio Cafiero, candidato peronista a gobernador por la provincia de Buenos Aires en las elecciones de setiembre y dirigente de la línea interna de la "Renovación", señaló que "al mutilar el cadáver de nuestro líder

han intentado mostrar un peronismo desarticulado, mutilado" (*LP*, 4/7). Un diputado proclamó su indignación "porque el jefe de mi movimiento tiene las manos mutiladas" (*LN*, 3/7). Como los diputados radicales, los justicialistas reclamaron medidas concretas para fortalecer la seguridad, clarificar este acto "salvaje" e "irracional" y poner fin a la ola de violencia e impunidad. Un gobernador peronista señaló que de conocerse los autores de la profanación desaparecerían las dudas sobre los presuntos fines electorales del robo (*LN*, 5/7).

Para la Renovación, en plena campaña, la profanación revestía mayor gravedad. La candidatura más importante en juego, a gobernador de la provincia de Buenos Aires, había resultado de una nueva línea interna que, desde su misma denominación, se oponía a la "ortodoxia" peronista, a la que atribuía la derrota electoral de 1983. Los renovadores señalaron una y otra vez que Perón no podía quedar en el pasado — era aún "nuestro líder", "el jefe de mi movimiento" — lo cual se revelaba vital para una línea interna empeñada en modernizar las reglas de un partido comprometido hasta entonces con la lealtad y la doctrina. Por eso sus miembros solían reiterar que ellos también eran viejos peronistas¹².

El secretario general de la CGT, Saúl Ubaldini, condenó la profanación pero no arriesgó responsables concretos. Desde España, Isabel asumió un rol distante acorde con su retiro de la actividad política desde que recuperó su libertad en 1981. Pidió a su abogado, Juan Labaké, un viejo militante de la línea ortodoxa y enfrentado a la renovación, que iniciara la causa legal, y luego — dijo la prensa — cayó enferma. El abogado a su vez recomendó que se investigue a las "organizaciones terroristas subversivas que acosaron en su momento a Perón e Isabel", y también a "los militares que tomaron parte en el gobierno desde el 24 de marzo de 1976 hasta el día en que se restituyeron los restos a los sobrinos de Perón" (*LN*, 6/7). Aunque coincidía con radicales, renovadores y liberales, remontaba las causas de la profanación a 1975 y 1976, cuando los enfrentamientos internos y los ataques guerrilleros socavaron la tercera gestión peronista.

Si bien la mirada desde este campo distaba de ser uniforme, sus voces sostenían que el verdadero fin de los profanadores era desarticular al movimiento y hacer del cuerpo mutilado del líder una metáfora de la frag-

12. Cafiero fue ministro de Economía de Perón en los '50.

mentación interna. Por eso la interpretación de Cafiero era inquietante: cómo recordar en Perón al campeón de la unidad si el movimiento se había escindido? Cómo ligar un presente de cambio a un pasado de doctrina sin traicionar a la principal reliquia de la era de gloria peronista? El dilema era claro para un partido que intentaba volver al gobierno por vía electoral, pero su resolución no era sencilla: pasado y presente tenían sus riesgos.

Las manos de los muertos

La vida política de los muertos peronistas comenzaba con el fallecimiento de Eva Duarte o "Evita", la segunda esposa de Perón, el 26 de julio de 1952, cuando el presidente ordenó embalsamar su cuerpo y que éste permaneciera en la sede de la CGT hasta que se concluyera el Monumento al Descamisado¹³ que contendría su tumba. La Revolución Libertadora interrumpió la construcción y, ya con Perón en el exilio, la administración del general Aramburu y el almirante Rojas inició la purga de símbolos peronistas; libros y consignas, bustos y leyendas, monumentos y placas recordatorias fueron destruidos (decreto 4.161/55). Dos de las imágenes prohibidas eran clásicos de la iconografía peronista: Perón montando su caballo pinto, de uniforme militar, y Perón en traje civil con los brazos en alto, saludando al pueblo en la Plaza de Mayo. La tumba de Evita podía transformarse en punto de peregrinación para sus seguidores. Entonces, Rojas sugirió: "El cuerpo debe ser sacado de la política" (Fraser y Navarro 1980).

Miembros del servicio de inteligencia estatal lo sustrajeron de la CGT y lo mantuvieron en un altillo de sus oficinas por algún tiempo. En 1957 con anuencia oficial, un clérigo lo trasladó a una ciudad italiana¹⁴. El presidente Aramburu fue informado del destino en un sobre lacrado que entregó a su abogado, a quien le encomendó abrirlo cuatro semanas después

13. Término inicialmente peyorativo con que la oposición antiperonista calificaba a las bases peronistas, y cuyo sentido Perón y Evita revirtieron para designar a su "pueblo".

14. Fraser y Navarro (1980). Según la historia novelada de Tomás E. Martínez (*Santa Evita*, 1995) el encargo fue un militar.

de su propia muerte. Sólo quien fuera entonces presidente de la Nación podría conocer el secreto.

Aramburu fue secuestrado por guerrilleros peronistas de la agrupación "Montoneros" y muerto en 1970. Tras encontrar su cadáver, la carta sería abierta por el general Alejandro A. Lanusse, tercer presidente de la "Revolución Argentina". Pero la incógnita podía obstaculizar la transición democrática que planeaba el gobierno y en la que participaría el peronismo por primera vez en veintiún años. Se instruyó entonces recuperar el cuerpo de Eva enterrado bajo un nombre falso en un cementerio de Milán, y devolverlo a Perón quien residía en Madrid. Entre tanto, Aramburu ya había sido sepultado en La Recoleta.

Al regresar de su exilio el 20 de junio de 1973, Perón no trajo los restos consigo. En setiembre del año siguiente los Montoneros secuestraron el cadáver de Aramburu y demandaron la repatriación de los restos de Eva, que fueron finalmente reintegrados en noviembre y depositados junto al ataúd de Perón, en la capilla de la residencia presidencial. Isabel, para entonces vice-presidenta en ejercicio de la Presidencia, esperaba culminar el monumento "Altar de la Patria" para darles allí sepultura definitiva. En su testamento, y en vistas de los avatares del féretro de su segunda esposa, Perón había pedido ser sometido a un proceso que asegurara su mediana conservación, no su embalsamamiento. Pero, como 1955, el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 frustró la honorífica inhumación y la tercer gestión peronista. En octubre el general Jorge R. Videla depositó a Eva en la bóveda familiar de la Recoleta, y a Perón en la de Chacarita.

Paradójicamente, el mismo gobierno que puso fin al azaroso destino de los restos de Eva reinició la misma práctica que dos décadas atrás pero en escala ampliada, con la persecución sistemática y el exterminio masivo y clandestino de personas de real o supuesta afiliación izquierdista. Aunque por entonces otros gobiernos del Cono Sur estaban embarcados en campañas igualmente represivas, el caso argentino se distinguió en un aspecto. El PRN adoptó el secuestro/detención y la desaparición/muerte de aquéllos a quienes identificaba como "enemigos de la Patria", "subversivos" o "terroristas", como medio prevaeciente de represión y clausura de un pasado político. Entre 1976 y 1981 de 10.000 a 30.000 hombres, mujeres y niños desaparecieron a manos de comandos militares autónomos coordinados desde el Poder Ejecutivo y los altos mandos. La "guerra contra la subversión" contó entre sus víctimas a marxistas, peronistas y radicales, sindicalis-

tas, profesionales y empresarios. Años más tarde, pericias de los organismos de Derechos Humanos demostraron que los desaparecidos eran depositados en tumbas colectivas anónimas o arrojados a los ríos y al mar. Sus restos, que atestiguaban la represión clandestina del Estado, debían ser suprimidos.

En la campaña presidencial de 1983, y aunque muchos de sus dirigentes habían sufrido cárcel y desaparición, el Partido Justicialista no propuso una vía para superar la masiva relación de los argentinos con la violencia política y la muerte. Más aún, en el acto de cierre de campaña conducida por la ortodoxia que respaldaba a buena parte de los candidatos, el candidato a gobernador por la provincia de Buenos Aires prendió fuego a un ataúd vacío que simbolizó como el ataúd de Alfonsín. El exabrupto operó como una trágica premonición, y el justicialismo fue derrotado en las elecciones.

Ahora, la votación de gobernadores y diputados se llevaría a cabo dos meses después de la noticia de la profanación. En tiempo pre-electoral todo acontecimiento podía ser usado por el gobierno o la oposición. Si el justicialismo debía recuperarse de su asociación con la muerte¹⁵, resolver su continuidad histórica con un pasado de gloria pero también de violencia, y además ganar las elecciones, qué hacer con mutilación de su héroe fundador?

Las manos de la incompetencia

La reacción justicialista siguió dos caminos. Los diputados peronistas pidieron la interpelación del ministro del Interior para informar sobre la investigación y otros hechos de violencia ocurridos en la democracia y aún no resueltos, como el secuestro extorsivo de empresarios, y algunos atentados a escuelas y a comités radicales. Además, el partido convocó a un acto de desagravio a la memoria de su líder. Lejos de evidenciar unidad y consenso democrático, ambas medidas destacaron el desconcierto y la fragmentación interna.

15. En cambio, la consigna del radicalismo alfonsinista para las elecciones fue "Somos la vida!".

En esos días, varias leyes debían ser votadas por la Cámara de Diputados, entre ellas el presupuesto nacional y la ley de Obras Sociales que las devolvería al control de los gremios tras su intervención oficial del PRN. Pero con su proyecto de condena pública a la profanación y el llamado a la interpelación ministerial, los diputados peronistas obligaban a suspender el tratamiento de estas cuestiones. Los diputados radicales aprobaron las nuevas mociones y sugirieron aplazar la interpelación en cuatro días, pero los justicialistas se retiraron dejando a radicales y otros partidos menores sin el quórum necesario para la votación. El jueves 2 de julio los radicales tomaron la iniciativa, convocaron a la interpelación para el 7, y empezaron a debatir otros proyectos de ley.

El sindicalismo peronista le reprochó a sus propios diputados haber diferido una ley vital para los trabajadores y para el sustento económico de las asociaciones obreras: "el general Perón hubiera querido que se vote" (*LN*, 4/7). Algunos diputados se preguntaban "por qué se molestan (en la CGT) si acá hemos privilegiado al general Perón, que es todo un sentimiento para la vida de los peronistas y del país" (*LN*, 4/7). Los reportes periodísticos evidenciaron las grietas en el seno del peronismo, "desarticulado" como su jefe.

El acto público corrió una suerte parecida. El candidato Cafiero propuso una marcha y una huelga, y quizás para compensar los traspiés en el Congreso sugirió que la CGT, fuera la encargada del acto. Pero la propuesta suscitó ciertas prevenciones, temiéndose el descontrol de las bases y un resurgir de las antinomias, lo cual sería utilizado por la oposición para mostrar, una vez más, que el justicialismo era incapaz de gobernar en paz y orden (*LN*, 4/7). Se acordó, por fin, convocar a una misa de desagravio lo cual evitaría tomar algunas decisiones que socavarían aún más al partido, como designar a los oradores y contribuir a que alguna línea interna obtuviera mayor rédito político.

La misa se reunió a las 14 horas en la intersección de las avenidas 9 de Julio y Belgrano, donde 36 años antes Evita había renunciado a su candidatura a la vicepresidencia de la Nación para las elecciones de 1951. Unas 30.000 personas, contrastando con el millón de aquella oportunidad, asistieron a la misa oficiada por un representante de la Iglesia Católica. Ubaldini y el ministro de Trabajo, un gremialista peronista, debían limitarse a leer pasajes bíblicos. Los demás dirigentes se ubicaron en las primeras filas, en el llano. Antes y después del acto religioso, los altoparlantes emitieron

música pastoral. En la homilía el oficiante destacó la necesidad de una "reconciliación nacional" fundada en la "verdad, la justicia y la solidaridad" (LN, 7/7).

Sin embargo, lo que había sido planeado como una liturgia sobria de desarrollo previsible, se transformó en un ejercicio cacofónico de malosentendidos. Cuando desde el púlpito se pidió "misericordia para los culpables" la concurrencia respondió con una rechifla y coreó la consigna "Paredón" (fusilamiento). Cuando se pronunció el nombre del cardenal Juan C. Aramburu, la máxima jerarquía eclesiástica que conducía el encuentro, se escuchó una larga silbatina suscitada seguramente por el apellido del general del '55. Al empezar la misa el locutor exclamó "Compatriotas", pero fue agriamente corregido por los asistentes quienes demandaron "Compañeros¹⁶, qué compatriotas!?". Desde el público, la entonación de la Marcha Peronista — no contemplada por los organizadores — hizo inaudible la música pastoral. Y aunque se había dispuesto que no habría oradores, ni bien concluyó el oficio Ubal dini tomó el micrófono y llamó a levantar "los brazos al cielo, porque en las manos de Perón están las manos del pueblo" (LN, 7/7). El entusiasmo alcanzó a la iglesia cuando algunos religiosos presentes, que oficiaban en barrios humildes del Gran Buenos Aires, se sumaron al fervor. Al ver al candidato radical a gobernador por la provincia de Buenos Aires, quien asistía para dar muestras de solidaridad y unidad desde el partido oficial, algunos presentes le gritaron "Judío de mierda"¹⁷. La máxima organización judeo-argentina acusó a los dirigentes por estas expresiones y Cafiero debió ofrecer sus disculpas. Al día siguiente se baleó la tumba de Balbín (LN, 8/7) y a la semana, un cementerio judío (14/7). Eran siempre "desconocidos".

Al finalizar el acto, nadie estaba demasiado satisfecho. Algunos peronistas se lamentaban del protagonismo arrancado por el sindicalismo. La población reunida abandonó el histórico sitio del renunciamiento cantando "Paredón", no "Reconciliación". El radicalismo y otros partidos acusaron a los organizadores por el carácter político de la misa, pero los justicialistas

16. Término de referencia entre peronistas, iniciado en las interpelaciones públicas de Perón a su pueblo. Ver De Ipola 1995.

17. Algunos sectores del peronismo solían referirse al gobierno alfonsinista como "la sinagoga radical", aludiendo a la asociación realizada por la derecha argentina entre social-democracia, comunismo, liberalismo, internacionalismo y judaísmo.

tenían la sensación de no haber hecho justicia a su fundador: el nombre de "Perón" fue pronunciado un par de veces, y sólo porque se trataba, al fin de cuentas, de una misa en su memoria. El "pueblo peronista" era un conjunto disgregado, sin las columnas obreras de otros tiempos. Alguna gente de edad exhibía las históricas imágenes de Perón en su caballo pinto o con los brazos en alto; otros sostenían pequeñas pancartas caseras con la leyenda "Alfonsín: robás las manos de Perón y nos das miseria" o "Mi general: tu pueblo te vengará" (*LN*, 7/7).

En suma, la dirigencia partidaria no sólo había fracasado en presentar un peronismo articulado y unido; también se había mostrado incompetente en reconocer que sus bases parecían más dispuestas a creer que el gobierno había secuestrado las manos, a que la unidad entre los partidos mayoritarios fuera posible.

Una historización por capas

Desde que el secuestro de las manos y el sable de Perón tomó estado público, diversos sectores de la política argentina se abocaron a descubrir el "verdadero mensaje" y la "verdadera identidad" de sus autores, cuya aparición se limitó a los rastros de su irrupción en la bóveda, a la sustracción de elementos y al envío de la nota extorsiva. Quizás el único mérito de los "desconocidos" haya sido impulsar la inquietud por el pasado y el destino político que los argentinos venían debatiendo desde hacía mucho tiempo. En el escenario de 1987, el Estado, el partido de gobierno y los sectores de la oposición mostraron diferir en las responsabilidades, causas y consecuencias que atribuían a la profanación, pero coincidieron en los criterios acerca de lo "históricamente plausible" del pasado nacional.

Según estos criterios, la historia de la Argentina contemporánea puede narrarse como una alternancia de ciclos políticos marcados por exclusiones forzadas, donde cada gestión sucede a la anterior provocando un desplazamiento absoluto, una fractura dramática de la continuidad. Cada nuevo período adviene catastróficamente, como en la teoría de Georges Cuvier

sobre las capas geológicas¹⁸; sus límites iniciales y finales se presentan abruptos y convulsivos, y la nueva gestión como enemiga de la anterior. El sector desplazado debe esperar o, de ser necesario, "resistir" hasta retomar la gestión allí donde se la han arrancado. Un acto eleccionario se transforma en la oportunidad de continuar una etapa interrumpida prematuramente por un golpe de estado, y una "revolución" militar en el intento de reinstaurar el orden perdido o desvirtuado. Los títulos autoasignados por los gobiernos de la "Revolución Libertadora", la "Revolución Argentina", el "Proceso de Reconstrucción Nacional", el "Proceso de Reorganización Nacional", sintetizan la intención refundadora al interior de una misma entidad política: la Nación Argentina.

La metáfora de "las capas geológicas" merece, sin embargo, algunas salvedades pues no estamos tratando aquí con procesos físico-naturales sino político-sociales. Primero, las capas a que me refiero no están dadas; son los actores quienes las crean y acotan sus límites. Las capas son activas construcciones políticas abiertas al presente, no ciclos objetivos y cerrados de una vez y para siempre. Por eso, en segundo lugar, las capas no son homogéneas ya que están permeadas por disputas internas, sujetas a constante reformulación según alianzas e intereses coyunturales. Ambas observaciones son imprescindibles para reconocer que el trazado de capas propias y enemigas constituye una arena donde se dirime el propio lugar en el pasado y, por lo tanto, en el presente. La pretendida pureza de la capa propia o el supuesto carácter absoluto de la exclusión bajo la capa enemiga, difieren necesariamente de los procesos políticos reales de negociación y alianza en que se involucra cada sector. Lo cual no invalida a las capas como imagen rectora de la producción histórica.

Tercero, la historización por capas no se proyecta al futuro, como una historia progresiva de la Tierra, sino al pasado, en un intento por restaurar el tiempo perdido. Su temporalidad es similar a la llamada "circular", "cíclica", "no acumulativa", que solía atribuirse a sociedades pre-industriales o primitivas (Geertz 1973, Lévi-Strauss 1966, Panoff 1969), y que el debate reciente identifica también en sociedades occidentales y capitalistas (Bloch 1977, Connerton 1989, Munn 1992, Overing 1995, Rutz 1992), coexistien-

18. Según el naturalista (1769-1832), las capas geológicas evidencian que la Tierra resultó de sucesivas catástrofes.

do con temporalidades lineales y progresivas. Reconocer que esta coexistencia varía de sociedad en sociedad y hablar, por ejemplo, de una "práctica restauradora de historización por capas" no implica, empero, adoptar una mirada culturalista. Es reconocer diversas formas posibles de historización, arraigadas en procesos político-institucionales¹⁹, que en la Argentina se han caracterizado por sucesiones igualmente abruptas, tanto de las democracias como de las dictaduras.

Esta imagen del pasado como una sucesión de fragmentos inconclusos y pendientes coincide con la referencia a los conceptos de "ciclo político", "péndulo", juegos de "suma cero" y "empate" tan habituales no sólo, como veremos, en el sentido común que trasuntaban las reacciones a la profanación, sino también en los análisis políticos. Marcelo Cavarozzi (1986: 20, 21), por ejemplo, considera como de resultados "catastróficos" a la sucesión de regímenes autoritarios y democráticos débiles de la segunda mitad del siglo XX. Para él "las imágenes de empate [entre fuerzas políticas y sociales] e impasse pueden sugerir [...] una situación de inmovilidad o incluso de completa circularidad" (1986: 19 — mi traducción), una temporalidad implícita también en el concepto de pretorianismo de masas con elevada modernización que refiere Guillermo O'Donnell al analizar la irrupción militar de 1966 (O'Donnell 1972, 1977; ver también Waisman 1989: 72 y ss). La recurrencia de estas nociones podría explicarse por la familiaridad de la sociedad argentina con una temporalidad política cíclica fundante de la práctica de historización que aquí presento.

Hasta 1987, el peronismo encarnó excelente pero no exclusivamente esta lógica de la alternancia de capas propias y enemigas, de la espera y la proyección restauradora. Las consignas del "retorno" y el "volveremos" que desde 1955 se corearon en las reuniones públicas e inscribieron en los muros, permearon el imaginario político de las dos décadas siguientes. Al llamar "resistencia" a la capa de 17 años de proscripción, el peronismo no sólo esperaba: tendía un puente con su pasado interrumpido y hacía de esa interrupción una fuente de legitimidad para convertir su eventual acceso al gobierno en un "regreso". Ratificaba así que el presente debía ser vivido

19. Tal el patrón "generacional" que muestra Lisón Tolosana (1983) en Aragón y el "genealógico" de Davis (1989) en Libia.

como un compromiso para recuperar el tiempo perdido²⁰, y que la "memoria" podía operar como el arma contra un enemigo empeñado en producir olvido. Pero dónde emplazar los "lieux de memoire" (Nora 1984) si las imágenes, los nombres, los monumentos que evocaban aquel pasado habían sido vedados o destruidos? En espacios externos (el exilio), proscritos (la clandestinidad) y muertos (los cadáveres y sus reliquias).

En la historia de los pueblos los muertos aparecen como objeto de disputa entre deudos y facciones para legitimar una demanda, un sitio en el poder, un derecho pendiente (Fernandez 1982, Feeley-Harnik 1991, Lan 1985); tanto pueden expresar continuidades temporales, filiaciones y linajes políticos, como encarnar abruptas finalizaciones²¹. Por eso las formas de inhumación suelen revelar los usos que hacemos del pasado, y que sólo cobran sentido en contextos históricos y culturales específicos.

Según la lógica de las capas cada sector necesita a sus caídos para resistir el olvido al que queda confinado. Y si los caídos son, además, producto de la irrupción enemiga, sus reliquias pueden transformarse en otro recordatorio del compromiso de retomar una era de gloria que ha quedado inconclusa. Por eso quienes fueron interpelados por la noticia de aquel 1 de julio trataron, según su posición en la disputa política, de excluir o incluir a los muertos propios y ajenos. Que en esta ocasión el debate estuviera referido a un fundador, un exiliado, un proscrito, un presidente tres veces electo y un muerto, hacía más problemática su erradicación.

En la Argentina dos vías complementarias venían ensayándose para combatir a los opositores: una, la eliminación física y la anulación de sus restos; otra, despolitizar el recuerdo de sus vidas y sus obras²². Ambas formas alcanzaron la apoteosis durante el PRN, con la desaparición de cuerpos vivos y muertos de los "subversivos", y con la inhumación de Perón y Eva en sus bóvedas familiares en vez de, como planeaba la última gestión peronista, una construcción monumental, estatal y pública como el

20. Visacovsky (1994) hace una valoración similar en su estudio sobre la memoria histórica de los psicoanalistas.

21. Walzer 1974. Ver Fein (1989) para el caso Lenin, y Gal (1991) el caso Bela Bartok.

22. Para Jean Franco (1985), a través de la desterritorialización de los cuerpos el Estado erradicaba enemigos de la Nación.

Altar de la Patria²³. Pero ni la eliminación ni la despolitización fueron estrenadas en 1976. Al ocultar desde 1955 el cuerpo de Eva Perón el régimen militar estaba admitiendo que algunos cadáveres podían instalarse en la arena política y mantener su vigencia. La muerte violenta y secreta²⁴, la proscripción de símbolos alusivos al gobierno depuesto, fueron recursos cada vez más frecuentes para alcanzar y permanecer en el poder, porque clausuraban de la historia, y por lo tanto de la política, las capas enemigas y el recuerdo de sus agentes. Por eso en 1987 nadie creyó que los intrusos buscaran dinero. Y salvo reseñas periodísticas sobre la profanación a muertos ilustres, no se los identificó ni como profanadores ni como ladrones de tumbas, sino como un sector con intereses y participación política en el pasado reciente (Montoneros, grupos golpistas, etc.).

En las páginas siguientes mostraré cómo opera esta lógica de historización en una coyuntura que significó, a la vez, la máxima expresión y la culminación de una práctica de historización corriente en la Argentina de los últimos cincuenta años.

Las capas de la memoria

En un clima electoral sensibilizado por la rebelión de Semana Santa, la noticia del 1 de julio desencadenó una serie de evocaciones donde cada cual rememoró su edad de oro y su destierro, seleccionó "evidencias" y recordó a los demás sus cuentas pendientes.

Los radicales exaltaban la Argentina de los dos partidos mayoritarios, para afianzar el bipartidismo con el cual esperaban consolidar la democracia. Tenían su pasado de gloria y sus campeones de la Constitución — Yrigoyen (1916-1922; 1928-1930), Illia (1964-1966) — ambos depuestos por golpes militares. Y aunque del golpe contra Illia participaron sectores peronistas, en 1987 la UCR no recordó esta alianza, ni tampoco a sus per-

23. En contraste, la consagración sepulcral de Mao Tse Tung significó la apropiación del cuerpo por el Estado y su sustracción de los lazos familiares, esto es, su viuda y jefa de la facción comunista "la banda de los cuatro" (Wakeman 1988).

24. Fusilamientos de José León Suárez (1956), desaparición del militante peronista Felipe Vallese (1962), etc.

seguidos quienes, como Balbín, habían sido víctimas de Perón. Era tarea de sus oponentes señalar la participación radical en 1955, lo que también hubiera permanecido en el silencio de no haber sido por las pancartas y las silbatinas al candidato radical y a un alto dignatario de la Iglesia. Alfonsín prefirió, en vez, referirse al abrazo Balbín-Perón y atribuir la mutilación a los enemigos de la democracia, a los "grupos golpistas". Por eso pidió que "este tema no caiga en la competencia política" (*LP*, 3/7). Invocando el doble sentido de "competencia" como disputa e incumbencia, advertía que el "tema" no debía empañar el compromiso de sus dos pilares partidarios, el radical y el peronista. La historia argentina era, para él, la lucha entre democracia y autoritarismo.

Por su parte, los liberales neoconservadores se remontaban a un pasado de orden y libertad encarnado en la Revolución del '55 que había salvado al país de la tiranía, el caos y la disolución, y restaurado la verdadera democracia. Sus héroes eran, como Aramburu, víctimas de los guerrilleros, y los miembros de las juntas del PRN eran ahora el nuevo blanco de una maniobra política oficial al someter a juicio una "gesta de la pacificación nacional". Muchos de sus voceros eran militares retirados o civiles ex-funcionarios en regímenes de facto. El pasado de gloria liberal se pretendía democrático pero no mayoritario. La memoria de Perón era una amenaza pues en ella anidaban las causas del desorden interno y el aliento a los subversivos, a quienes ahora culpaban del secuestro. Por eso Rojas deseaba que una vez muerto, Perón "descansara en paz".

El peronismo tenía su era de gloria, los "días felices" de la justicia social, de aquellas dos presidencias, de la compañera Evita asistiendo a "los descamisados", de los encuentros entre el pueblo y su conductor en la Plaza de Mayo. Las manos eran las de ese pueblo, como señaló Ubaldini, al que Perón había reconocido sus derechos sociales y políticos y al que había designado "su único heredero". El peronismo contaba, además, con un pasado heroico, el de la resistencia, desde que en 1955 una coalición de fuerzas políticas y militares desplazó al presidente electo. Pero salvo las pancartas, nadie habló de esto en 1987. Y finalmente, el peronismo contaba con un ansiado "retorno" tras 17 años de exilio y proscripción, una resonante e indiscutida victoria que dio por tierra con los decretos de olvido. Pero en ese regreso el peronismo no pudo asegurar la continuidad. Sus divisiones internas y la persistente amenaza armada de aquéllos que el mismo Perón

había cobijado, como recordó Rojas, generaron la violencia política que advirtieron los liberales antiperonistas.

Por su parte los sectores del peronismo recordaron sus divisiones internas reproduciendo una historia fragmentada. Los renovadores denostaban el arcaísmo de los ortodoxos e intentaban convertir al movimiento de líder único en un partido moderno sin personalismos. Los ortodoxos recordaban la caída de la tercer gestión peronista devorada por la presión de los sindicatos, el hostigamiento de la guerrilla peronista y marxista, y la empecinada abstención de las FF.AA. que se habían proclamado hipócritamente leales al orden constitucional. El gremialismo se remontaba a las primeras dos presidencias de Perón quien los bautizó "la columna vertebral del movimiento", a su propia resistencia y a su enfrentamiento contra la "infiltración" izquierdista sindical y guerrillera. Para numerosos sindicalistas el secuestro de las manos simbolizaba el despojo de la justicia social y, coyunturalmente, la postergación de la ley de Obras Sociales.

Esta lógica de historización por capas pobladas de proscriptos, perseguidos y muertos, planteaba un difícil problema a las dirigencias políticas del '87: cómo garantizar una democracia entre enemigos? El desafío era particularmente serio para el Partido Justicialista, no sólo por sus divisiones, cada una con sus víctimas de regímenes anti-peronistas y de facciones contrarias. El desafío consistía, además, en que la mutilación de su conductor no se había producido bajo un régimen de facto o proscriptivo, sino en una democracia donde el peronismo había quedado como primera oposición tras una derrota en elecciones libres. La reacción a la profanación requería una resolución — solución y decisión — pero dentro del partido. La alternativa tradicional hubiera sido "politizar el tema" y culpar a un sector externo, pero las líneas internas diferían demasiado en las acusaciones posibles. No era creíble acusar al gobierno por el secuestro; el justicialismo debía ganar las elecciones, no eliminar a su adversario, pero imitar el discurso radical era riesgoso en tiempo electoral. Al decir que "se quiere mostrar un peronismo mutilado" Cafiero advertía que el radicalismo obtendría el rédito de la profanación. El orden democrático sin consolidar y la rebelión de Semana Santa anunciaban un futuro incierto. La dirigencia peronista consideró que sólo la unidad podría redituvar votos y garantizar la continuidad partidaria tras la derrota del '83. Para ello habría que sacar al cuerpo de la política y evitar las mutilaciones internas.

Así, mientras los profanadores despolitizaban aquellas manos pidiendo dólares y no la libertad de un preso o una amnistía, el Justicialismo confirmaba la despolitización al no pagar el rescate, al recurrir al procedimiento judicial, y al convocar a una misa de desagravio, como rito de reconciliación para recomponer la unidad.

Desde esta perspectiva, el oficio religioso fue, más que un fracaso, un giro en la historización de la dirigencia peronista que prefirió despolitizar el recuerdo de las manos de su líder, contra las demandas de las pancartas, los cantores de la Marcha Peronista y el exabrupto de Ubaldini. De ahí las fricciones entre oficiantes y público, gremialistas y políticos, abogados de la unidad y promotores de venganzas. De ahí también las nuevas opciones y los nuevos caídos.

Hasta concretarse la misa el cuerpo mutilado de Perón podía ser, como indicó Cafiero, la metáfora de un movimiento dividido cuyos disensos internos el oficio religioso debía subsanar. Si bien la unidad no fue plenamente lograda, la misa fue una señal premonitrice del peronismo por venir. El acto de desagravio de una de sus más preciadas reliquias despolitizó la profanación al trasladarla al reino de Dios, e hizo imaginable, al menos para algunos, un movimiento sin signos diacríticos, sin himnos, "compañeros", nombres o consignas. El efecto central del acto fue más que la despolitización la desperonización, reeditando en el escenario del '51, quizás, un nuevo renunciamiento. La dirigencia dejaba atrás su capa fundacional procurando recuperar la organización, la unidad y la competencia partidaria, en desmedro de la simbología, la movilización, la voz y la comunicación directa con sus bases. En ese vuelco, las manos del pueblo y la justicia social caían con el poder sindical y la alianza — vía el sable — entre pueblo y Ejército que Perón había tratado de instaurar cuatro décadas atrás. El general daba lugar al presidente, y el justicialismo se transformaba en un partido que, para intervenir exitosamente en el sistema electoral, debía recrear su historia silenciando, siquiera coyunturalmente, partes de su pasado, la vida de sus muertos, y la de su dirigente proscrito exiliado y fundador.

Esta opción tuvo un doble efecto: por un lado permitió a los dirigentes reposicionarse en la lidia política desde un pragmatismo que la historia contada hasta entonces hubiera impedido. Pero a la vez, ese pragmatismo dio lugar a cierta tolerancia para con los profanadores, cuando los efectos de la Semana Santa apuntaban a la sanción inminente de la Ley de Obedien-

cia Debida. No es llamativo que ni los responsables del secuestro, ni las manos, ni el sable, pudieran ser encontrados. El juez y el jefe de policía encargados del caso, y dos o tres testigos ocasionales perecieron en circunstancias por lo menos sospechosas. Y cuando en 1989 Isabel fue a retirar los bienes de su residencia para concretar su venta, halló su colección de estatuillas de santos con las manos cortadas (*Revista Gente* 1990).

Conclusiones

Aparentemente la condena a la irrupción de desconocidos en la bóveda de Juan Domingo Perón, podría ser interpretada como un rechazo a la irrupción en el mundo sagrado de los muertos. Tal el sentido de aquel grueso cristal, sus doce cerraduras, el cajón también blindado y la lámina metálica, que los "profanadores" franquearon penetrando un espacio que debía permanecer inviolable y segregado. Sin embargo, esta separación puede ser equívoca porque en la Argentina del último medio siglo el mundo de los muertos estuvo demasiado próximo al mundo de los vivos. Ello no se debió a una necrofilia atávica de los argentinos sino a las características de un proceso político marcado por exclusiones violentas. En este campo de batalla, los muertos fueron instrumento e idioma, un actor más de la contienda.

Pero la profanación de la tumba de Perón en 1987 representó un hito en los usos argentinos del pasado, un final y un comienzo. Por una parte, dio lugar a la narración histórica, esgrimida por sus protagonistas en forma de recuerdo, sobre un proceso político permeado por disrupciones institucionales. Esos recuerdos, plasmados en reacciones diversas, reforzaron un patrón de historización por capas donde las decisiones e intervenciones del presente se legitimaban como la continuación de decisiones e intervenciones del pasado. Por otra parte, desde la profanación, un sector de la dirigencia política decidió divorciarse de su propia capa de gloria, planteando así una nueva práctica de historización y de su propia identidad.

Este cambio obedeció a transformaciones en el sistema político argentino donde ya no era imprescindible "resistir". Y así como liberales y radicales prestaron su consenso, cupo al peronismo en la oposición la responsabilidad mayor en dicha transformación.

Pero el abandono de una práctica de historización no implica abandonar los contenidos diacríticos. La historia que las dirigencias políticas, gremiales y nacionales narraron a la prensa o consignaron en la interpelación, el recurso judicial y la misa, no estaba en los contenidos ni en la correspondencia de los recuerdos con los hechos del pasado, sino en la capacidad de recombinar sus sentidos.

Al referirme a las capas de la memoria como una forma posible de historización puse el énfasis en el proceso productivo de los agentes sociales y políticos en su creación del pasado, más que en su capacidad de duplicar psicológica y simbólicamente lo ocurrido. Eran los protagonistas de esta "historia" quienes apelaban a la "memoria" para posicionarse en un presente que no se atrevía a optar entre la unidad y la discordia, la democracia y el autoritarismo, la competencia y la incompetencia... La estrategia, sin embargo, dio frutos variados, aún en el interior de una misma orientación.

En 1987, sólo un político había rechazado el uso de los muertos para inducir al compromiso con el pasado. Justificando la renuencia a negociar con los secuestradores, Eduardo Duhalde, un intendente peronista del Gran Buenos Aires, afirmó que

los restos humanos, por más que sean de un muerto ilustre, no tienen valor económico, porque los hombres de las características del general Perón no valen por sus huesos sino por sus ideas y por lo que han dejado [...] aunque parezca una herejía, los dirigentes deberían ocuparse de problemas más urgentes [LP 3/7].

Duhalde participó del regreso del Justicialismo al gobierno nacional en 1989 como vice-presidente, fue electo gobernador de la Provincia de Buenos Aires al año siguiente y, montado en la acción social como práctica y símbolo de la identidad peronista, fue reelecto gobernador en 1995. Por su parte, el gobernador provincial de La Rioja en 1987 Carlos S. Menem, que abominó la profanación, ganó la presidencia nacional en 1989 y desarrolló una política social, económica y exterior que se apartó del legado doctrinario del primer peronismo. Y Juan Labaké, ya ex-abogado de Isabel, explicó en 1991 por qué no creía que el robo de las manos fuera por razones políticas:

Si se las pensaba utilizar para armar un escándalo, para lograr que el partido se resquebrajase o que hubiera peleas internas, se tendrían que haber utilizado a lo largo de estos años, y sin embargo nunca pasó nada [...] si tomamos en cuenta la actitud de Montoneros desde el momento de la profanación hasta ahora, no es una actitud beligerante ni de odio, por el contrario, es más bien pacificadora. No tendría sentido que Montoneros hubiera hecho algo así [Revista Gente 1990].

La profanación de 1987 obligó a los argentinos a recordar, pero no todo ni para siempre, porque sólo la urdimbre de nuevos presentes permite tejer nuevos pasados. Quizás alguna vez los muertos encuentren descanso; será cuando las capas hayan dejado de narrar una historia plausible, y en los campos de batalla haya terminado la guerra.

Agradecimientos

Esta versión fue realizada como parte de una investigación sobre memoria social y nacionalidad, financiada por la Fundación Antorchas. Agradezco los comentarios de Eduardo Archetti, Ana Domínguez Mon, Gillian Feeley-Harnik, Federico Neiburg y Sergio E. Visacovsky.

BIBLIOGRAFIA

- BERTONI, Lilia Ana. 1992. Construir la nacionalidad: héroes, estatuas y fiestas patrias, 1887-1891. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. E. Ravignani"*, 3a serie, 5: 77-109.
- BLOCH, Maurice. 1977. The Past and the Present in the Present. *Man* 12 (2): 278-92.
- CASCARDI, A.J. 1984. Remembering. *Review of Metaphysics* 38: 275-302.
- CAVAROZZI, Marcelo. 1986. "Political Cycles in Argentina since 1955". En *Transitions from Authoritarian Rule* (Guillermo O'Donnell, Philippe C. Schmitter y Laurence Whitehead, eds.). Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- CLARÍN. 1995. 24 de enero, Buenos Aires.
- _____. 1987. 6 de julio, Buenos Aires.
- COHEN, David William. 1994. *The Combing of History*. Chicago: The University of Chicago Press.
- CONNERTON, Paul. 1989. *How Societies Remember*. Cambridge University Press.
- DAVIS, John. 1989. "The Social Relations of the Production of History". En *History and Ethnicity* (Elizabeth Tonkin, Maryon McDonald y Malcolm Chapman, eds.). London: Routledge.

LAS MANOS DE LA MEMORIA

- DE IPOLA, Emilio. 1995. "Desde Estos Mismos Balcones... Nota sobre el Discurso de Perón del 17 de Octubre de 1945". En *El 17 de Octubre de 1945* (Juan Carlos Torre, comp.). Buenos Aires: Ariel.
- FEELY-HARNIK, Gillian. 1991. "Finding Memories in Madagascar". En *Images of Memory. On Remembering and Representation* (Suzanne Kuchler y Walter Melion, eds.). Washington DC: Smithsonian Institution Press.
- FEIN, Esther B. 1989. Bury Lenin? Russian Die-Hards Aghast. *The New York Times*, 28 de abril.
- FERNANDEZ, James W. 1982. *Bwiti. An Ethnography of the Religious Imagination in Africa*. Princeton University Press.
- FRANCO, Jean. 1985. "Killing Priests, Nuns, Women, Children". En *On Signs* (Marshall Blonsky, ed.). pp. 414-420.
- FRASER, Nicholas y Marysa NAVARRO. 1980. *Eva Peron*. New York: W.W. Norton & Company.
- GAL, Susan. 1991. Bartók's Funeral: Representations of Europe in Hungarian Political Rhetoric. *American Ethnologist* 18 (3): 440-458.
- GEERTZ, Clifford. 1973. "Person, Time and Conduct in Bali". En *The Interpretation of Cultures* (Clifford Geertz). New York: Basic Books.
- GUBER, Rosana. 1990. "Democracy Handcuffed. The Profanation of Peron's Grave". Reunión Anual de American Ethnological Society. Atlanta, Georgia, U.S.
- GUBER, Rosana y Sofia TISCORNIA. 1987. La Importancia de los Símbolos. *Clarín*, 8 de julio (Sección Opinión).
- HALPERIN DONGHI, Tulio. 1970. *El Revisionismo Histórico Argentino*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- IGLESIAS ROUCO, Jesús. 1987. Entre la Ficción y la Hechicería. *La Prensa*, 6 de julio.
- JELIN, Elizabeth. 1994. The Politics of Memory: The Human Rights Movement and the Construction of Democracy in Argentina. *Latin American Perspectives* 21 (2): 38-58.
- KUCHLER, Suzanne y Walter MELION (eds.). 1991. *Images of Memory. On Remembering and Representation*. Washington DC: Smithsonian Institution Press.
- LAN, David. 1985. *Guns & Rain-Guerrillas & Spirit Mediums in Zimbabwe*. University of California Press.
- LÉVI-STRAUSS, Claude. 1966. *The Savage Mind*. The University of Chicago Press.
- LISÓN TOLOSANA, Carmelo. 1983. *Belmonte de los Caballeros — Anthropology and History in an Aragonese Community*. Princeton University Press.
- MALINOWSKI, Bronislaw. 1974. *Magia, Ciencia y Religión*. Barcelona: Ariel.
- MARTINEZ, Tomás Eloy. 1992. Los Muertos en la Argentina. *Página12*, 4 de febrero.
- _____. 1995. *Santa Evita*. Buenos Aires: Sudamericana-Planeta.
- MUNN, Nancy. 1992. The Cultural Anthropology of Time: A Critical Essay. *Annual Review of Anthropology* 21: 93-123.
- LA NACIÓN. 1974. Buenos Aires.
- _____. 1987. Buenos Aires.

- NEIBURG, Federico. 1992. O 17 de Outubro na Argentina: Espaço e Produção Social do Carisma. *Revista Brasileira de Ciências Sociais* 20.
- _____. 1994. Ciencias Sociales y Mitologías Nacionales. La Constitución de la Sociología en la Argentina y la Invención del Peronismo. *Desarrollo Económico* 34 (135): 533-556.
- NORA, Pierre. 1984. *Les Lieux de la Memoire*. Paris: Gallimard.
- O'DONNELL, Guillermo. 1972. Modernización y Golpes Militares (Teoría, Comparación y el Caso Argentino). *Desarrollo Económico* 47 (12): 519-566.
- _____. 1977. Estado y Alianzas en la Argentina, 1956-1976. *Desarrollo Económico* 64 (16): 523-554.
- OVERING, Joanna. 1995. O Mito como História: Um Problema de Tempo, Realidade e Outras Questões. *Mana* 1 (1): 107-140.
- PANOFF, Michel. 1969. The Notion of Time Among the Maenge People of New Britain. *Ethnology* 8 (2): 153-167.
- PASSERINI, Luisa. 1987. *Fascism in Popular Memory: the Cultural Experience of the Turin Working Class*. Cambridge University Press.
- PEEL, J.D.Y. 1984. Making History: The Past in the Ijesha Present. *Man* 19 (1): 111-132.
- PLOTKIN, Mariano. 1993. *Mañana es San Perón*. Buenos Aires: Ariel.
- POPULAR MEMORY GROUP. 1982. "Popular Memory: Theory, Politics, Method". En *Making Histories: Studies in History Writing and Politics* (Richard JOHNSON, G. MCLENNAN, Bill SCWARTZ y D. SUTTON, eds.). Minneapolis: University of Minnesota Press. pp. 205-252.
- PORTELLI, Alessandro. 1991. *The Death of Luigi Trastulli and Other Stories*. Albany: SUNY University Press.
- PORTER BENSON, Susan; Stephen BRIER; Roy ROSENZWEIG (eds.). 1986. *Presenting the Past. Essays on History and the Public*. Philadelphia: Temple University Press.
- LA PRENSA. 1987. Buenos Aires.
- PRICE, Richard. 1983. *First-Time: The Historical Vision of an Afro-American People*. John Hopkins University Press.
- QUATTROCCHI-WOISSON, Diana. 1992. *Un Nationalisme de Déracinés. L'Argentine Pays Malade de sa Memoire*. Editions du CNRS.
- RAPPAPORT, Joanne. 1990. *The Politics of Memory: Native Historical Interpretation in the Colombian Andes*. Cambridge University Press.
- REVISTA GENTE. 1990. Qué pasó con las manos de Perón? Buenos Aires: julio.
- ROSALDO, Renato. 1980. *Ilongot Headhunting 1883-74: A Study in Society and History*. Stanford University Press.
- RUTZ, Henry J. (ed.). 1992. *The Politics of Time*. Washington D.C.: American Anthropological Association.
- SARLO, Beatriz. 1989. Políticas de Olvido. *Punto de Vista* 36.
- TORRE, Juan Carlos (comp.). *El 17 de Octubre de 1945*. Buenos Aires: Ariel.
- TROUILLOT, Michel-Rolph. 1994. "Silencing the Past: Power and the Production of History" (ed. mimeo.).

LAS MANOS DE LA MEMORIA

- VISACOVSKY, Sergio E. 1994. "Psicoanálisis y Ritualización. Disputas y Enigmas de la Intelectualidad Argentina sobre la Memoria del Proceso". En IV Congreso Argentino de Antropología Social, Olavarría, Provincia de Buenos Aires (ed. mimeo.).
- WAISMAN, Carlos. 1989. "Argentina: Autarkic Industrialization and Illegitimacy". En *Democracy in Developing Countries* (Larry Diamond, Juan J. Linz y Seymour Martin Lipset, eds.). Boulder, Lynne Rienner Publishers, Inc.
- WAKEMAN JR., Frederic. 1988. "Mao's Remains". En *Death Ritual in Late Imperial and Modern China* (James L. Watson y Evelyn S. Rawski eds.). University of California Press.
- WALZER, Michael (ed.). 1974. *Regicide and Revolutionary Speeches at the Trial of Louis XVI*. Cambridge University Press.
- WRIGHT, Patrick. 1985. *On living in an Old Country*. London: Verso.